

municación, se conservó mas ó menos en cada una de ellas, como su poder auxiliar; y Roma admiró á un Roscio que representaba las mismas ideas y afectos con su acción, que Ciceron con sus discursos; llegando á tal punto de extravío la afición á este arte, que hubo de prohibirse á los senadores el estudio de la pantomima.

Pero en nada se puede conocer mejor el socorro que la acción presta á la palabra, que en el orador mismo. En él corren siempre unidas; la una sigue fielmente los impulsos de la otra, y se ostentan como dos hermanas nacidas á un tiempo, que no pueden separarse. Para el verdadero orador, la palabra sin la acción sería una cosa imposible. Si se le ligase de tal modo que se le redujese á la mas completa inmovilidad; si se cubriesen sus ojos, de modo que no pudieran anunciar expresión ni dirección alguna; y si en este estado se le mandase pronunciar un discurso, de seguro no acertaría á hablar, pareciéndole que los lazos que oprimian sus movimientos y ademanes, encadenaban tambien su lengua. Tal es el servicio que la acción presta á la palabra, que esta no acierta á caminar ni á anunciarse por sí sola. Son los dos hermanos de armas, que no saben pelear el uno sin el otro. Que estudie muy detenidamente la acción y todos sus accidentes el que quiera que su elocuencia sea inflamada y arrebatadora, porque de otro modo solo podrá producir impresiones tibias y poco durables. La palabra sin tales auxilios, es la espada rota, que roza sin penetrar; es un fuego fosfórico que ilumina, pero no calienta; es la estatua cuyas proporciones y bellezas admiramos, pero que no tiene ni movimiento, ni vida, ni corazón, ni pasiones, para que la podamos amar.

LECCION VIII.

Trabajos preparatorios para la elocuencia, y reglas generales para el orador.

LA vida de la tribuna es vida de continua anhelación y afán: tambien lo es, por lo comun, de sinsabores y de desgracia. La independencia de los oradores ofende frecuentemente á las personas contra quienes lanzan sus tiros encendidos, y no pocas veces se hace sentir la flecha en el pecho de quien la disparó. Verdad es que la elocuencia del foro y la sagrada no exponen frecuentemente á estos riesgos. Pero ¿qué valen esas producciones sosegadas y tranquilas, medidas por un compás inalterable, circunscritas á un solo y determinado objeto, en comparación de la elocuencia de la tribuna, que vive y descuellera en medio de las tempestades y de los peligros, sin trabas ni estorbos en las inmensas regiones de la imaginación y del pensamiento, sin otro límite que los de la inteligencia, y sin otro juez que la opinión? Los consejos y reglas que vamos á establecer, servirán

en todos los géneros de oratoria, y por eso hemos querido consignarlos en este lugar.

El que quiera llegar á ser orador, es necesario, ante todo, que se dedique mucho á la lectura de libros escogidos, donde se encuentran unidas á la erudicion y á la solidez de las ideas, las bellezas y energía del lenguaje. No se sabe lo que influye esta ocupacion continua en los progresos que se desean. El hombre se forma poco á poco sobre lo que con mas frecuencia hiere sus sentidos, y acaba por contraer, sin repararlo, el hábito de discurrir y expresarse con soltura y elegancia, cuando tiene siempre á la mano libros que sobresalgan en este ventajoso tipo. Pero no basta leer: es necesario entregarse á un trabajo mental muy detenido, para ir dando diferente giro á todos los periodos de la obra que se lee, procurando cambiar su fisonomía, y si es posible, mejorarla. En cada uno de estos ensayos, desempeñados en el laboratorio de la inteligencia, se nota que se van rompiendo las trabas y dificultades en que tropezaban nuestra razon y nuestra lengua, y que empiezan á crecer las alas que permiten ensayar algun corto vuelo. Otro de los ejercicios que mas conducen al mismo objeto, es el de traducir. La traduccion tiene dos ventajas: presentar un tipo al pensamiento, en la obra que se traduce, y tener que pasar por necesidad revista á un crecido número de palabras, con lo cual insensiblemente adquirimos un tesoro de voces.

Tanto en la lectura como en la traduccion, se deben escoger con cuidado las obras que nos hayan de servir de modelo, porque cuanto se adelanta si estas son buenas, se atrasa y se contraen hábitos perniciosos, si las producciones sobre que trabajamos, son lánguidas y procaicas.

Con estos ejercicios prévios, ya se puede empezar á hacer tentativas para componer. Elegido el objeto, debe meditarse mucho sobre él, para encontrar los pensamientos y coordinarlos de modo que tengan entre sí el encadenamiento, la filiacion y dependencia, que les sean mas naturales y lógicas. Esta ocupacion, aunque desabrida y enojosa en un principio, viene á agradarnos despues, y concluye con cebarnos presentándonos atractivos y encantos. El orador, separado del resto del mundo, aislado en su soledad, entregado á su afan de investigacion, se mueve en un círculo de ideas é imágenes, que á cada paso se agranda, y en esta especie de panorama intelectual, elige y guarda las que mas conducen á sus miras. Los botánicos se someten á mil privaciones y tormentos, para hallar una planta que enriquezca su gabinete; el orador, en sus momentos de recogimiento, busca y encuentra flores para levantar el cuadro de un discurso, que persuada, hiera é inflame á los que despues lo oyen con avidez. No desempeña su trabajo recorriendo sitios ásperos y desiertos, ni sofocado por los rayos de un sol abrasador; retirado en su habitacion, ó bien vagando por amenas soledades, se erige en juez y rey del pensamiento; mueve los resortes de este, manda por la meditacion á las ideas y á las imágenes, que se presenten, y ellas obedecen á los impulsos de una fermentacion creadora. Esta composicion mental no tiene nada de fatigosa, y es la que mas dispone para la verdadera elocuencia.

Quando la cuerda se halla en este estado de tension, conviene mucho leer el discurso, y probar á variarlo conservando su espíritu y sus proporciones. Entonces nuestra lira, ya templada, responde fácilmente á la armonía que la excita, y cada uno de estos pasos nos acer-

ca, mas de lo que creemos, al término de nuestro anhelo. Cuando se llega á este punto, ya tenemos al orador, no en embrion, sino en la situacion de su desarrollo, y espontáneo desenvolvimiento.

Un consejo daremos aquí, porque cuadra mejor que en ninguna otra, en esta coyuntura: que no se trabaje nunca de prisa, especialmente en el principio, porque querer llegar demasiado pronto, equivale á no llegar jamas. Un escritor juicioso ha dicho: "Lo que se hace en poco tiempo, regularmente no vale el tiempo que se ha empleado en hacerlo." En la oratoria, mas que en ninguna otra cosa, se necesita que los primeros pasos sean firmes y seguros, porque el que desde el principio estrague su gusto, ó contraiga un hábito perjudicial, será muy difícil que lo mejore ó reforme en lo sucesivo. Que sean lentos y escrupulosamente revisados los primeros ensayos. Detenerse en esta primera grada, es adquirir la fuerza necesaria para saltar las demas con aire seguro y veloz: salvarlas rápidamente, es caer sin remedio, para no levantarse nunca.

Otra advertencia queremos añadir: que no se tracen discursos largos, porque estos se debilitan en su misma extension, y concluyen siempre por fatigar al auditorio. Los discursos, por otra parte, son como las fortificaciones, que á proporcion que mas se extiende su línea, se hace mas difícil la defensa, y el orador siempre debe quedar en guardia para la réplica.

Hay una circunstancia que pudiera hacer desmayar, y sobre la cual se necesita alentar á los principiantes. Por desgracia, no es esta una contrariedad de los primeros ensayos, sino que persigue al orador en todos los dias de su vida. La desigualdad domina en el mundo, y se hace notar hasta en nuestras mismas disposiciones.

Dias y momentos hay para el orador, en que todo le acude con una presteza y con una facilidad maravillosas. Parece roto el lazo que ata el alma á la parte grosera y material, y que aquella se agita é inspira desde las etéreas regiones. Los pensamientos acuden en tropel, se formulan por sí mismos, y la imaginacion vuela presurosa á prestarles todos sus encantos. Otros dias y otros momentos hay aciagos é infecundos, en que el pensamiento está remiso y perezoso; en que apenas se vislumbran las ideas en un lago de tinieblas; en que no se acierta á formularlas, y en que hasta la lengua se niega á prestarnos su servicio. En esta soñolencia de facultades, en este estupor del entendimiento, en esta parálisis de la imaginacion, lo mejor es no despertar al que duerme, y esperar, resignados, horas mas fecundas y propicias. Cuando hay calma en esta navegacion, mejor que desesperarse, es echar el áncora, y aguardar el viento para volver á dar la vela. Esto es solo para los trabajos solitarios, y no para una discusion pública. En ella, la concurrencia, el aparato, la solemnidad, la pugna, son estímulos harto poderosos para sacar al alma de su postracion, y hacerla remontar á sus conocidas alturas.

Las reglas indicadas no solo sirven para la preparacion de un discurso, sino que conducen tambien, en mayor ó menor escala, á hacer improvisadores. ¿Y por ventura, no necesita serlo, al menos hasta cierto grado, todo el que haya de hablar en público? ¿Qué dirá cuando los accidentes de una discusion han metamorfoseado el debate, colocándolo en un terreno muy diverso de aquel en que al principio se encontraba? ¿Cómo responderá á un argumento que no habia previsto, y cuya contestacion no puede dejarse para el siguiente dia?

Triste posición la de un orador que va encerrado en su plan como en una máquina neumática, y que no puede, sin tropezar, dar un solo paso fuera de él! Su angustia, ó mas bien, su agonía, causa lástima, porque no acertará á salir de esta posición comprometida, si es enteramente extraño al arte de improvisar.

Añadiremos otra regla muy esencial. Cuando el orador ha combinado ya sus ideas; cuando las ve con claridad y conoce su enlace y afinidades; cuando hirviendo su cabeza, le ha suministrado en el calor de sus meditaciones, copia abundante de imágenes que volverá á inspirarle sin duda cuando se inflame de nuevo, entonces, como preparación para hablar en público, solo deben escribirse las divisiones ó arreglo del discurso y las ideas capitales que han de servir en él de puntos de partida. Para esto con muy pocas notas basta. Muchos oradores se parecen á los que se embarcan por primera vez, los cuales no quieren perder la tierra de vista, sin pensar que en la tierra están las rocas y la muerte. Que se lancen al Océano insondable, si quieren seguridad, vientos y veloz derrotero. Así, los oradores á quienes aludo, no quieren perder de vista sus notas, cuando estas, si son simples señales de recuerdo, solo sirven para sujetar el pensamiento y la imaginación encerrándolos en una cárcel muy estrecha. Que se arrojen á los mares desconocidos de una discusión libre é inspirada, y allí encontrarán las corrientes que en cualquiera otra parte buscarían en vano. Un discurso es un cuadro; pero un cuadro que debe pintarse en el momento dado, sin que antes se hayan debido diseñar mas que sus contornos.

Acabamos de dar reglas al orador para que pueda preparar su discurso: ahora vamos á acompañarle en él.

Lo primero que le aconsejaremos, es que procure ser modesto. Cuando el orador se presenta arrojado ó petulante, se sublevan contra él los ánimos que debia hacer dóciles y benévolos, y sus palabras se escuchan con prevención, porque se ha tenido la desgracia de que ofendan el amor propio de los demás. Pero hay otra consideración de mas peso é interés.

Por el mero hecho de brillar, y de brillar se trata, se despiertan emulaciones bastardas en una gran parte de los hombres, que no sufren en calma ni oposición ni sombra. Desde entonces esté seguro el genio de que en la altura á que se eleve, le rodearán los vapores de pasiones miserables que se ponen en juego para eclipsarle. Los eunucos miran ciertamente con dolor á los que pueden gozar placeres que á ellos les son negados; pero ocultan su frente en el polvo, y no muerden á aquellos á quienes envidian. La impotencia literaria no es así: de su desesperación brotan la rabia y el encono, y con ellos se procura destruir todo lo que oscurece á las mediocridades celosas. Que aparezca un hombre que exceda algunas líneas á la estatura comun; bien pronto se levantarán contra él las medianías envidiosas, y tal vez mas aún las nulidades impotentes. El orador que sobresalga, prepárese á esta persecución sorda, invisible, pero incesante y terrible. ¡Cuánta indiscreción se necesita para avivar mas aún la envidia con el arrojo y con la inmodestia, para evocar nuevas tempestades, para echar leña al fuego, y para añadir á la animosidad de los celos, los resentimientos de la vanidad ofendida!

La precaución que aconsejamos, es doblemente necesaria al orador joven y principiante. Los años y la reputación adquirida, dan cierta autoridad para insistir firme é irrevocablemente en una opinión enunciada; pero

el orador que todavía no es conocido con gran ventaja, no puede usar, sin riesgo, de este fuero de privilegio. Mirabeau, proclamado el dios de la elocuencia en medio de la exaltación revolucionaria, cuya palabra omnipotente movía las opiniones de sus colegas y la voluntad de las masas, como los aquilones impelen las olas, podía bien usar de aquel rasgo atrevido y memorable: "Yo persevero en mi opinión, yo la adopto de nuevo, yo la proclamo, por la razón de que ha sido combatida;" pero Mirabeau murió ya, y el trono que él ocupaba en la elocuencia, estará probablemente muchos años todavía sin ser reemplazado.

Mas aunque el orador sea modesto, debe evitar con gran cuidado el degenerar en tímido. La serenidad y la calma del espíritu, se concilian muy bien con la modestia, y sin aquellas cualidades, es imposible de todo punto pronunciar un discurso, y mucho mas una improvisación. El temor ofusca la razón, entenebrece el entendimiento, embarga la facultad de discurrir, y sus síntomas inequívocos producen indiferencia y lástima en el auditorio, tan pronto como los apercibe. Recomendamos en esta parte el término medio; pero si se ha de tocar en alguno de los extremos, preferible es ser osado, á ser meticuloso.

Las cuestiones deben elevarse, siempre que se pueda, porque lo permita su importancia, ó los accidentes del momento, ó la naturaleza é índole de la asamblea. Un discurso pronunciado ante el pueblo, y contraído á sus intereses y derechos, permite gran calor y vivos arranques, porque el pueblo es susceptible de grandes impresiones, y sus instintos generosos responden siempre á la voz inflamada de sus oradores. Todavía podrá remontarse mas el vuelo, cuando en una fermentación re-

volucionaria hierven todas las cabezas, y latén con violencia todos los corazones. Entonces las palabras del orador deben ser la lava del volcán, que quemén cuanto toquen. Ninguna circunstancia mas favorable puede presentarse en las vicisitudes de los pueblos, al crédito de los oradores. Dejarla pasar, es tanto como dejar caer el cetro de la mano. Después del parasismo de una revolución, vienen la calma y el aplomo de las situaciones normales; y entonces no tienen frecuentemente lugar en la discusión, los movimientos impetuosos, las figuras atrevidas, ni las palabras de fuego que revelan al corazón hasta contra la propia conciencia.

Otras circunstancias hay no tan notables, pero de que también puede sacarse mucho partido aun en discusiones ordinarias. El lugar en que se habla, revestido de cierta solemnidad y aparato, los recuerdos mudos de este mismo lugar, ó de acontecimientos verificados en igual época, que todavía hablan muy alto á la memoria y á las imaginaciones, las calidades especiales del objeto ó de las personas á que se contrae la discusión, todos estos son elementos en manos del orador hábil, de que sabe sacar gran ventaja, especialmente en los exordios y parte patética.

Si las circunstancias, como acabamos de decir, son un semillero fecundo de giros y movimientos, hay algunas tan graves y decisivas, que piden en el orador un esfuerzo desesperado. Tales eran las que produjeron las palabras de Mirabeau, en el momento en que se anunciaba á la asamblea la orden del rey para que se separase: "Id, y decid á vuestro amo, que nosotros estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas."

Otro de los objetos que nunca debe perder de vista

el orador, es el dar variedad á su discurso, para que no resulte todo él con la misma entonacion y con igual colorido. En la elocuencia, como en la pintura, el claro oscuro es el que produce el efecto, el que da todo el mérito y todo el realce. El discurso mas brillante, si todo es igual, tendrá una monotonía insoportable, y bien pronto fatigará al auditorio. La variedad es el sello en las obras de la naturaleza, y es tambien la cualidad en los discursos, que mas hace resaltar su mérito y sus bellezas. Para darla á la oracion, basta entregarse al asunto, y en la parte de pasion abandonarse al sentimiento.

Y á propósito de pasion: nunca se recomendará bastante á los oradores, que en los arranques y movimientos de esta, no procuren dirigirla, fijando el método y el orden en lo que no debe tener ninguno. El desorden en la pasion es lo que mas gusta, porque es lo que mas descubre el corazon y los afectos que exhala. Hablad con el corazon, y vuestras palabras encontrarán eco en los demas corazones. Desde el momento en que en esta parte se descubre el ingenio, el espíritu que domina, que dispone y arregla los impulsos y las palabras, el fuego se convierte en hielo, y deja de comunicarse. Abandonaos, pues, al sentimiento: no opongais dique ni fijeis reglas á la pasion que os conmueve, y estad seguros de que se hará contagiosa. Os encontrais en medio de un rio cuyo empuje os arrastra; no tomeis punto fijo de direccion; abandonaos á la corriente, y procurad solo ganar la orilla.

Sobre todo, que no busque jamas el orador en estos movimientos, ni palabras ni imágenes. Ellas vienen en nuestro auxilio, cuando estamos poseidos del asunto, sin necesidad de que las llamemos. San Agustin ha dicho muy acertadamente: "Que las palabras dependen del

orador, y no el orador de las palabras." Lo que nutre el discurso, lo que le da robustez y valentía, son las ideas; y cuando hemos hecho un gran caudal de estas, por medio del estudio y de la meditacion, podemos estar seguros de que las frases nacerán espontáneamente, porque son el trage y la sombra que sigue siempre al pensamiento. Cuando se va á caza de expresiones, se pierde de vista el vigor de los conceptos, y no hay nada que desentone ó debilite tanto un discurso oratorio.

Concluiremos con una advertencia de la mayor importancia. El decoro y la circunspeccion han de presidir al debate, y el orador debe procurar, con gran cuidado, no confundir nunca la línea de la discusion con la del agravio. El que sustituye las malas pasiones á la elevada y santa inspiracion; el que en vez de atacar ó defenderse con nobleza, descarga golpes brutales y vierte groseros insultos, prostituye la elocuencia y abdica su propia dignidad. No se olvide nunca la regla de ser fuerte en los argumentos, templado y comedido en el modo de proponerlos. El lenguaje puede ser medido y circunspecto, sin que por eso deje de ser enérgico. Sustituir á las razones la ofensa, á los argumentos los denuestos, á la discusion la intolerancia, y á las pruebas los dictérios, es hacer una sacrílega profanacion de lo que hay mas respetable y sagrado en la tierra: el pensamiento del hombre y la facultad natural de anunciarlo y de defenderle. Por faltarse á esta regla, muchas veces reuniones numerosas se ven convertidas en el campo de Agramante; y la razon se ahoga, y la razon enmudece, y la razon se replega á sus solitarios asilos, porque es como la flor, que solo se deja ver en los dias apacibles y serenos, y que se cierra y esconde al soplo de las tempestades.